



Buenos Aires, diciembre de 2016

## Circular Nº 564

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Jorge Franco.

\*\*\*

### Texto bíblico:

***“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.” (Jn 6:47)***

Nuestro camino hacia Jesús, hacia Dios, es un constante peregrinar de comprobación, de experimentación, de maduración, de luchas y también de pedidos a Dios. Es una constante dinámica, por decirlo de alguna manera, o de búsqueda de Dios. Es necesario esto. No se trata de decir “conozco la Iglesia”, “hace tiempo que voy” o “he vivido esto”, sino de cómo vives hoy esa plena realidad de Dios. Y seguirá siendo así hasta que venga el Señor.

La palabra de Dios es la que nos llevará hasta ese día, porque ella contiene los ingredientes que Dios coloca. Así como una madre prepara el alimento para sus hijos, sabiendo qué es lo necesario. Y no se los da a cualquier hora ni en cualquier situación, sino que sabe, porque conoce a sus hijos, cómo, cuándo y dónde darles ese alimento. Dios es igual. Él nos conoce a cada uno como somos, de dónde venimos, qué pensamos, qué necesitamos. Nos conoce, porque Él nos creó. Entonces cuando venimos a su casa, allí tiene la oportunidad (si le creemos, si abrimos el corazón, porque en esto también participamos nosotros) de preparar el alimento oportuno para cada uno. Aunque el Pastor predique una misma palabra para todos, en su poder Dios puede hacer que esa palabra cuando llega a cada uno se transforme en la necesidad que tiene, en lo que necesita escuchar.

Por eso es indispensable -si queremos llevar una vida de fe que produzca los frutos correspondientes, que produzca las obras y la relación con Dios- escuchar su palabra. Esto es indispensable, es el alimento que, vuelvo a repetir, tiene los elementos justos para cada uno. Y no solamente para cada uno como es, sino para cada momento que le toca vivir.

Cuando Jesús dijo esta palabra, que es muy contundente, es un mensaje único, no todos lo comprendieron:

***“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.”***

Porque esta reflexión de Cristo venía de una conversación muy particular. Venía del momento especial que ellos habían vivido el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, que con tan poco habían comido unas 5.000 personas. Venían de un milagro fehaciente y concreto, ahí nadie podía tergiversar nada, había pasado eso. Estaban contentos, felices, lo seguían buscando a Cristo a raíz de ese milagro en lo material. A veces nos pasa algo parecido: fuimos a la casa de Dios, nos fue bien, entonces seguimos. Hasta que el día que no me va bien, no voy más. Es un tema muy material, muy de nosotros, de todas las personas. Pero Cristo dio lo más grande, lo más magnífico de la realidad que todos tenemos y somos. Nos ofrece algo mucho mejor: una vida eterna. **Una vida en comunión con Dios: eso es vida eterna.** Uno a veces cuando piensa en la vida eterna piensa: estaremos en el cielo, en el paraíso, pero no se trata de eso. La vida eterna se refiere a la comunión con Dios. Que puede ser perfectamente sobre la tierra, con todas las limitantes que tenemos porque somos personas, porque tenemos problemas, situaciones,

Iglesia Nueva Apostólica Sud América



inconvenientes, circunstancias, tenemos sorpresas, todos tenemos días buenos y días no tan buenos, a veces nos portamos bien, otras no tanto. Esas variables humanas que provienen de una situación de pecado y demás que ha generado este mundo, esta sociedad.

Pero aun en esta condición, el que quiere y, como dice aquí Jesús, cree en Él, tiene vida eterna. Y no lo dijo en futuro, lo dijo en presente, porque es así: el que cree en Jesús, tiene vida eterna, ahora, Cuando tú lo decides, cuando lo restableces y avanzas. Él es la puerta. Jesús es la posibilidad de todas las cosas. El que cree, tiene vida eterna.

Entonces decíamos que ellos venían de ese milagro, Jesús les dice que lo buscaban por el milagro de los panes y los peces; en una conversación ellos recordaban que a través de Moisés les había dado a sus padres en el desierto el pan de vida, el maná. Más o menos conocemos la historia. Ellos confrontaban con Jesús con sus experiencias personales y materiales. Ahí es donde empieza la conversación, donde empieza esa explicación de Cristo de cuál era la realidad y la verdad de todas las cosas. Porque si bien ese pan, ese maná les había servido para atravesar el desierto y esos hechos milagrosos también, Jesús dijo que a pesar de eso también aquellos tuvieron que morir. Es ahí donde Él se coloca, se presenta diciendo “Yo soy el pan”. El pan de vida que tenía que ver con Dios Creador y con la eternidad. por eso deja esta expresión tan hermosa: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”. Luego les explica algo que para algunos fue una confusión tan grande que se fueron, cuando Él les empieza a decir que el que come su carne y bebe su sangre, va a tener vida eterna. Esto no lo comprendieron. Luego cuando Jesús en esa cena con los discípulos toma el pan y el vino, expresa que ese era su cuerpo y esa era su sangre; pero al principio se escandalizaron, “¿cómo que tenemos que comer la carne de este hombre y beber su sangre?”. Y se fueron.

Algunos versículos más adelante, cuando Jesús les pregunta a sus discípulos si ellos se querían ir también, Pedro le responde que:

*“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.”* (comparar con Jn 6:68)

Lo que siempre hemos reflexionado: seguramente Pedro tampoco había entendido eso de comer la carne y beber la sangre, pero creía en Jesús. A lo largo de nuestra vida hay muchas cosas que no hemos comprendido. Tal vez hubo cosas que nos han hecho alejar de la casa de Dios. Eso no es criticable. Lo importante es que pudimos volver. Eso es lo más hermoso. Porque Jesús nunca cambia.

Y esta palabra de hoy es un gran anuncio, es la gran puerta: “el que cree en mí, tiene vida eterna”. ¿Qué más hay que agregar? El que cree en mí, tiene vida eterna. Entonces se trata de la fe que tenemos en Dios y en Jesús.

Por eso decíamos: independientemente del lugar, de cómo buscamos y encontramos a Dios, preguntémonos: ¿quieres tener vida eterna? ¿Quieres tener comunión, quieres vivir bajo esa situación de la bendición de Dios? Que tampoco te confundas, no se trata de que tu vida material se transforme y entonces se terminen los problemas, las angustias, las necesidades. No. Eso lo tendrás, tal vez en muchos casos serán más moderados, en muchos otros serán evitados, pero seguramente los vas a vivir. Y tendrás el soporte espiritual para comprender que aun la circunstancia, la situación, ha sido prevista por Dios porque Dios también la conocía. **Que entonces te puedas tomar de su mano y seguir adelante hasta que venga el Señor, donde todo se va a restablecer.** Esto es así. Uno no puede creer en Dios midiendo las circunstancias de la vida. Nuestra fe en Dios nos hace elevar la mirada por sobre la vida y nos tiene que hacer atender el llamado de Dios:



***“Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”  
(Jn 14:2-3)***

Ese es el llamado, esa es la promesa. Entonces uno dice: “bueno, qué fácil que es esto entonces... Creo y ya tengo la vida eterna”. Pero, ¿es tan fácil creer de verdad? Hay un ejemplo bíblico muy válido: Abraham, el padre de la fe, en quien Dios colocó sus ojos y a partir de él y su descendencia, Dios generó un pueblo. Hoy vivimos otra situación luego de la presencia de Cristo. Abraham fue invitado a dejar su tierra, su parentela; tenía 75 años en ese momento. No es tan fácil a esa edad. Pero creyó en Dios. Aceptó su llamado. Confió en Dios, ilimitadamente. Creyó en sus promesas. Fue obediente a la palabra de Dios. Y lo buscó permanentemente. Y si bien en algunos momentos no actuó conforme a lo que Dios le enseñaba, su fe, su reconocimiento, su amor a Dios, le valió la asistencia permanente de Dios.

En nuestra vida hoy pasa lo mismo. Fuimos llamados por Dios. Que hoy estemos aquí, lejos de pensar que nos merecíamos su llamado, porque ninguno puede tener una capacidad especial ni ser tan bueno como para decir “cuánto se benefició Dios conmigo”. Lejos de pensar eso. Todos son llamados por Dios. Él llama a quienes quiere que sean sus hijos y ofrece; después cada uno decide. **Dios llama, uno decide.** Somos llamados a salir; no de nuestro barrio, de nuestra ciudad, de nuestra familia, sino de nuestras historias, de nuestros conceptos, de nuestros pensamientos. Y como decíamos antes, su palabra es una forma muy medida para cada uno para que ese proceso se pueda producir, para salir de esa situación y acercarnos a Dios, dar el sí a Dios.

Luego uno, así como Abraham, tiene que demostrar que uno de los ingredientes de su fe es que confía en Dios. De la fe como don de Dios, de la fe que Él regala y que nos atrae, pasamos a la confianza en las cosas de Dios. Porque sabemos que Él es y Él está, Él se moviliza, se proyecta. Confiamos en que conoce todas las cosas y en que es un Padre de amor. Ante el camino incierto, ante la noticia, la novedad, ante lo que nos duele, confiamos en Él. Y recurrimos a Él en nuestras oraciones. **La confianza es un ingrediente grande de la fe.**

Luego escuchamos la palabra de Dios y la colocamos por obra. Somos obedientes.

Y creemos en la promesa de Jesús. Esa es la fe completa que los hijos de Dios deberíamos tener. La fe que produce obras, que da sus dividendos, que enriquece, que alegra, que conforta, la fe que hace ver lo que no ven nuestros ojos. La fe va mucho más allá de saber que esto es cierto. La fe tiene todos esos ingredientes. Para que entonces el pueblo de Dios pueda ser conducido y volvamos a la situación inicial de esa relación con Dios.

Por eso, esta palabra tan hermosa: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”; creemos en Jesús. Creemos en Dios. Creemos en el camino de gracia. Creemos en toda esa actualidad y la expresión que Dios tiene a través de su Espíritu Santo y de todo lo que hoy podemos participar. Entonces, así como hoy estamos presentes, cada uno definirá en su responsabilidad propia qué quiere hacer de su alma. El ofrecimiento es: si creo, ¿qué pasa? Tengo vida eterna. ¿Cuándo? Ahora. ¿Cómo se demuestra? ¿Sin problemas? No; en el problema se demuestra más. ¿Y en las alegrías? Se agradece.

Es una vida, es una decisión, es una condición de vida que cada uno puede tener.